

Memento mori

Reflexiones sobre la muerte
para pensar la vida

MATÍAS REEVES

DIANA

I. QUIÉNES HABLAMOS DE LA MUERTE

Café de la Muerte y Proyecto Mokita

“Únicamente los muertos no piensan que trabajan
ni piensan que no piensan ni antitrabajan
llegan a ese nirvana
a través del azar o con el error
de los iniciados
en las antípodas de la sabiduría
Su último destino es, en cualquier caso, el mismo”.

ENRIQUE LIHN

Reunirse a conversar de la muerte no puede significar más que una excusa. ¿De qué? No lo sé muy bien, pero ha sido un móvil que a un grupo muy diverso de personas nos ha hecho cono-cernos, pensar e investigar. Y obviamente dialogar. ¿Nos han mirado con cara rara? Sí, pero no hace más que darnos gracia. Y quizás tengan razón y debemos admitirlo: somos raros. Es que nos hemos encontrado con que algo tan obvio y natural como la muerte se ha vuelto una extrañeza. Hace ya varias décadas que en occidente no se habla de la muerte abiertamente, y quienes hemos decidido hacerlo nos vemos en un misterioso camino sobre algo que, desde nuestros más tiernos años como huma-nidad, hemos anhelado comprender. Sin embargo, la distancia a conversar sobre la muerte ha tomado control de la ignorancia que hoy tenemos en torno a ella.

La idea surgió en 2016 a partir de una simple conversación entre amigos –Jorge Browne, geriatra, y yo– que vimos que teníamos en común el interés de profundizar sobre la muerte, además de la amistad y la cerveza que nos acompañaba en ese minuto. Si bien no teníamos interés en realizar nada especial, comentamos que desde el año 2012 en Londres se organizaban unos encuentros llamados *Death Café* (o Café de la Muerte). Sin

más, los contactamos y decidimos hacer una versión en Chile. La única pregunta que nos hicimos fue: “¿Habrán más gente que quiera conversar sobre la muerte?”.

El primer café que organizamos fue el más planificado y, quizás, el más estructurado también. Fue solo unas semanas después de habernos dado cuenta del interés compartido que teníamos en la muerte. Era un jueves caluroso, en el que además jugaba Chile, así que fue aún más valorable que las doce personas que habíamos invitado llegarán directo desde sus trabajos. Elegimos a los invitados uno a uno, sin razones en especial, pero con la corazonada de que les podría interesar el tema por ser médicos, periodistas o simplemente amigos que ya conocíamos. Aunque para ser franco, también con ánimo estratégico. Si llegaba gente que luego pudiera dar a conocer la actividad, más alcance podríamos tener. Sin saber muy bien por qué lo hicimos así, creo que resultó.

La cita fue en el restaurant *La Diana* –en el centro de Santiago–. Creo que fue uno de los mismos dueños el que participó, además, y nos recibió amablemente. Poco a poco fue llegando la gente, nos servimos vino estando de pie y nos presentamos brevemente. Las pizzas ya las teníamos pedidas, así que fue cosa de sentarnos y lanzarnos. Abrí la cita diciendo: “Gracias por atreverse a esta conversación. Todos tenemos una copa de vino, y hay una que está envenenada”.

Esta misma modalidad quedó instaurada para las versiones siguientes. Si bien cambiamos de local, todos los Cafés de la muerte que se han realizado a la fecha han seguido el mismo protocolo: vino (sí, y nunca café), desconocidos, pizza, caras y sonrisas nerviosas y expectantes, generosidad y reflexión, conversaciones abiertas. Así han sido hasta ahora lo que rebautizamos como los “Tintos de la muerte”. Lo que sí cambia es la gente, sino sería algo así como un Club de la Muerte. Son personas que van y vienen. Y a quienes vuelven les llamo reincidentes. No son pocos quienes se quieren repetir la experiencia, porque es siempre diferente.

Los encuentros no han tenido agenda, ni ambición ni ganas de encontrar algo en particular. Si bien en algunas ocasiones hemos leído poemas de Enrique Lihn, escuchado fragmentos de películas de Ingmar Bergman o compartido frases de Albert Camus, siempre el objetivo es único: conversar sobre la muerte, sin ningún marco preestablecido.

Fueron los primeros Cafés de la Muerte que organizamos los que nos motivaron a dar un paso más allá y darle forma a lo que estábamos construyendo. Además, se nos unió Verónica Rojas, amiga y enfermera, quien estaba organizando un Café de la Muerte también y nos encontró en internet. Desde entonces, los tres, junto a Jorge, somos quienes coordinamos Proyecto Mokita –la plataforma desde donde se planifican los encuentros, pero también algunos seminarios que el tiempo nos ha permitido realizar–, junto con el apoyo y las siempre certeras orientaciones de nuestros consejeros, personas de confianza y prestigio profesional que nos orientan y abren puertas para ayudar a naturalizar la muerte en las conversaciones sobre la vida.

No quisimos montar una fundación, solo queríamos algo ligero que nos permitiera ponerle rostro a lo que estábamos detectando en cada encuentro: hay muchas ganas y necesidad de hablar de la muerte. Fue esa motivación la que nos hizo crear Proyecto Mokita, que finalmente es una iniciativa que pretende canalizar proyectos, difundir materiales y organizar actividades que contribuyan a darle visibilidad a algo tan obvio como que la muerte es parte de la vida. Hicimos un proyecto de una obviedad, pero por obvio se calla. Lo que se calla es tabú. Y *mokita* calzaba perfecto: “la verdad que conocemos, pero acordamos no hablar” en lengua originaria de Nueva Guinea.

Si tuviera que elegir un punto en común entre las reuniones que hacemos, si es que lo hubiera, es un término que me permito inventar: “limitada sorpresa”. Por un lado, limitado es el tiempo en el que se pueden expresar ideas complejas sin necesariamente ser generalistas y, por otro, limitado el vocabulario, las herramientas y la capacidad de profundización de los temas tocados, ya sea

por miedo, ignorancia o conservadurismo. Sorpresa, en tanto, porque enfrentarse a la muerte sorprende a todos por su ausencia hasta el momento en que se hace presente, por la simplicidad con la que se puede abordar y por lo esencial que se reconoce en sí misma para la vida. Permítanme desarrollar cada uno de ellos.

La limitación del tiempo es de dulce y agraz. No voy a caer en la obviedad de lo relativo del tiempo, y que todos sabemos que *la vida es eterna en cinco minutos*. No. Si bien hemos sido respetuosos en que las conversaciones no se extiendan más de dos horas, porque luego de ese período los diálogos parecieran llegar a fojas cero, la concentración baja y comienzan los silencios, en pocas ocasiones ha sido necesario intervenir porque ya no hay tema sobre la mesa y se ha instaurado un vacío incómodo. La muerte y el vino son catalizadores naturales para la expresión oral. Pero algo sucede que, tras desarrollar una primera ronda de impresiones, nos quedamos con más preguntas que interpretaciones, lo que nos enmudece a todos por igual y terminamos esquivando los porqués.

Hablar de la muerte es fácil y difícil al mismo tiempo. En los Tintos llama la atención lo fluida que se da la conversación entre personas que no se conocen. Si bien siempre hay “reincidentes”, abrimos las sesiones con una ronda de presentaciones breves y las motivaciones que han llevado a los participantes a estar ahí. El formato íntimo ayuda a dar confianza, a dejar en claro que la igualdad es el pilar de la conversación, donde no hay nadie que sepa más que el otro. Claro, aún no ha llegado nadie que haya muerto y vuelto a vivir como para contarnos la verdad de la milanesa. Así que esa ignorancia colectiva, junto a la falta de vínculos y prejuicios, logran convertirse en un bálsamo para conversar sobre la muerte.

Se admite siempre que es lo opuesto a lo que pasa con el círculo cercano. La complejidad de hablar con la familia, amigos, la pareja, se toma varios minutos de la agenda. Sobre todo, se menciona que, cuando se habla entre hijos y padres, cuando estos últimos quieren hablar de su posible y futura muerte,

rápidamente les responden: “para qué dices eso, ya te pusiste dramático”, cuando no les llaman *lateros* de frentón. Los hijos evaden el tema de la muerte de los padres sin tapujos, como si no fuese a ocurrir jamás. Así, padres y madres suelen agradecer que en esta mesa puedan compartir sus pensamientos, e incluso temores, con jóvenes de todas las edades quienes, por su parte, no solo devuelven el agradecimiento sino que, sorprendidos, quedan con ganas de volver a sus hogares a conversar sobre la muerte con sus padres, madres, abuelos y abuelas. Intentar hablarlo con los amigos tampoco surge como opción, porque te molestan.

No han sido pocas las veces que se ha conversado sobre la presencia de los muertos en el día a día de los vivos. Numerosas personas han contado que sienten a quienes han muerto a su alrededor. Comparten sus experiencias con el fallecimiento de alguien cercano, señalando que siguen sintiendo su presencia. Pareciera no haber mucha claridad tampoco en cómo expresarlo, más bien es algo inexpresable. Una vez, una participante describió que era capaz de ver a personas que habían muerto, detallando cómo estaban vestidos o qué expresión llevaban en su rostro. Era la primera ronda de presentaciones y esa fue su carta de introducción. Entendamos que esto es entre desconocidos y en un restaurant, así que hubo miradas de asombro, risas.

La limitación de tiempo facilita también que podamos expresarnos libremente, porque sabemos que no habrá un juicio más exhaustivo que nos ponga al desnudo y cuestione nuestros propios principios. Con todo, la limitación más grave probablemente sea la del uso del lenguaje. A través de las miradas, sonrisas y movimientos de las manos es posible notar a quienes tienen margen de acción amplio para compartir opiniones que van más allá de lo que sus lenguas pueden transmitir oralmente. “Es como algo que se siente, no sé muy bien cómo decirlo” es una frase recurrente. Intentar hablar de la muerte, cuando no es algo que se haga cotidianamente, no es fácil. Si bien es cierto que todos podemos hacerlo, también lo es que tenemos falencias

claras de capacidad de expresión. Tanto la falta de vocabulario, como el pudor juegan un papel en este punto.

Un día, una participante nos compartió muy emocionada su experiencia y el dolor que significó la muerte de una amiga muy cercana. Era la primera vez que alguien lloraba; y fue la única. Comprensiblemente todos enmudecimos y nos quedamos atentos a su relato. No fueron pocos los minutos en que muy sentidamente nos dio detalles de que la muerte había sido decisión de su amiga, y de lo que ha significado para quienes la conocían y querían. Todos entendimos el mensaje. Fue un momento algo incómodo y quienes moderábamos teníamos dos caminos posibles: por un lado, hacerle caso al llamado social de acercarse y consolarlo, por otro, aceptar aquella apertura como algo natural y mantenerlo en su respetuoso espacio. La primera alternativa nos llevaría por una ruta que requiere herramientas profesionales de contención, no solo para quien contaba su experiencia, sino para el grupo que había quedado algo perplejo sin saber muy bien cómo reaccionar. Esa falta de capacidad de expresión ante momentos incómodos es lo que nos presenta también el acercarnos a la muerte. El aprendizaje de ese encuentro fue declarar desde un principio que los “Tintos de la muerte” eran conversaciones entre adultos y que, como tales, podíamos dialogar de lo que fuera manteniendo el respeto, tolerancia y libertad intelectual que todos merecemos, sin aspirar ni ser nunca un grupo de apoyo o ayuda.

Ahora bien, lo sorpresivo de hablar de la muerte podría entenderse porque la muerte no existe propiamente como tal. Conocido es el enfoque epicúreo en *Cartas a Meneceo* donde señala: “El más estremecedor de los males, la muerte, no es nada para nosotros, ya que mientras nosotros somos, la muerte no está presente y cuando la muerte está presente, entonces nosotros no somos. No existe, ni para los vivos ni para los muertos, pues para aquellos todavía no es, y estos ya no son. Pero la gente huye de la muerte como del mayor de los males, y la reclama otras veces como descanso de los males de su vida”.

La sorpresa y ansiedad con que los participantes de los tintos de la muerte –que ya han sido más de un centenar en siete años– llegan a los encuentros no es de extrañar. Ya lo dijimos, somos raros quienes hoy nos atrevemos a decir que es importante hablar de la muerte, sobre todo en una sociedad que en el año 2005 alcanzó la cifra de 5,6 muertes anuales por cada cien mil habitantes, el punto más bajo de muertos en décadas.

Encontrarse con la muerte, y con otros que también desean conversar sobre ella, ha sido una revelación y liberación colectiva. Ha sido posible compartir pensamientos personales sin tristeza, sino con alegría y apertura y, por sobre todo, con el pensamiento por delante. Nos hemos reencontrado con la esencia de la filosofía, cuestionarnos los unos a los otros por el mero placer de comprendernos a nosotros mismos. No digo que lo hayamos ni lo estemos logrando, sino que aceptamos el desafío de avanzar ante lo desconocido y que con certeza sabemos que no encontraremos respuestas. El vértigo de lanzarse a la incertidumbre te hace sentir vivo. Y es que hablar de la muerte, finalmente, es hablar de la vida.

En los encuentros que hemos tenido, una de las muchas conclusiones a las que se llega de manera casi inevitable es que es necesario conversar más sobre la muerte, pero es algo que no se hace y cuesta mucho hacerlo.

Cuando le comenté esto a una muy buena amiga, me respondió que era falso; que la muerte sí está presente en el día a día. Es cosa de ver las noticias, en TV o en el diario, y detenerse en las cifras. “Robo del siglo deja dos fallecidos”, “Encuentran muerto a joven estudiante”, “Asesinó a su familia y luego se suicidó”, “Guerra avanza a ser la más letal de la historia”. Los titulares sobre las crudas muertes en eventos de violencia nos acompañan de manera diaria. La muerte está allí. Esa misma amiga, de hecho, lo considera un arma de gestión política, donde la ciudadanía vive reducida a sus circunstancias y sometida al miedo cotidiano. Puede que tenga algo de razón, pero no es mi interés ni el foco de este libro profundizar en ello.

Otro modo en que la muerte está presente en los medios es cuando alguien famoso fallece. El 2022 vimos largas transmisiones por la muerte de la Reina Isabel II del Reino Unido, o mensajes de cariño y admiración por la muerte de Zalo Reyes. Ni hablar de los recuerdos y especiales por los 10 años de la trágica muerte de Felipe Camiroaga. Incluso la práctica de avisar la muerte a la sociedad o enviar condolencias al obituario en los diarios está allí. Otra amiga, octagenaria ya, me comentaba en su momento cómo, con el paso de los años, esa sección comenzaba a parecerse cada día más al muro de Facebook. Puros amigos en esa página.

Con todo, si bien estamos rodeados de estos mensajes, comparto con quienes asisten a los Cafés de la Muerte que hemos olvidado hablar realmente de la muerte. Esto no es solo una realidad de Chile, lo es también en una vasta mayoría de los países de Occidente. De esto habla Philippe Aries en su libro *Morir en Occidente: desde la Edad Media hasta nuestros días* —si quieren profundizar en esto, es su próximo libro. Digo próximo para que sigan avanzando con este. Aunque bueno, si prefieren ir directo a ese otro, está perfecto; la vida es demasiado corta como para no hacer lo que uno quiere, ¿no?— en el que hace un detallado análisis histórico basado en su aguda lectura de clásicos medievales, contemporáneos y observación de pinturas.

Aries propone que es en Occidente donde comenzamos a huir de la muerte. Pasa por la gallardía que da al Quijote pensar en su propia muerte, hasta la larga espera en el lecho de muerte que reflejan las pinturas de antaño. No es algo fortuito, sino más bien el lento y progresivo resultado de siglos de alejamiento de la muerte de la familia, empujándolo cada vez más hacia afuera, hacia las instituciones que se debían especializar en ella. Señala el historiador que no había imágenes de habitaciones de moribundos sin que hubiera niños a su alrededor hasta el siglo XVIII. Al parecer, al momento de morir era muy importante que estuvieran parientes, amigos y personas cercanas en el lecho de muerte. Un ritmo natural, sin exagerar los dramas ni emociones excesivas. Un hecho más de la vida. Lo dice Aries:

Durante la segunda mitad de la Edad Media, entre los siglos XII y XV, se produjo una reconciliación entre las categorías de representación mental: la de la muerte, la del conocimiento de cada uno de su propia biografía y la del apego apasionado a las cosas y los seres que se poseyeron en vida. La muerte se convirtió en el sitio donde el hombre adquirió mayor consciencia de sí mismo.

Así describe Aries a la muerte propia, y es justamente este encuentro lo que considero más trascendental de pensar y abrazar sobre nuestra mortalidad. La consciencia de uno mismo, la muerte siempre presente en el interior debiera permitirnos vivir en plenitud si podemos aceptar y comprender la fragilidad de nuestra vida. No vinculada al fracaso existencial, sino a la posibilidad de desprendernos de toda arrogancia o soberbia.

Ya establecimos que vemos la muerte cotidianamente en los medios, pero desde allí no se desprende que pensemos en ella. Salvo cuando estamos en una ocasión particular, el tema simplemente no aparece. ¿Cuándo o dónde aparece? Generalmente en templos u hospitales. Tiene que llegar la muerte a la puerta de la casa, estar frente a nuestros ojos, o en un mensaje de texto con una triste noticia, para que nos detengamos a pensar en ella.

No es difícil comprender que se nos haya arrebataado de las manos algo tan íntimo cuando vivimos en una sociedad que nos empuja a buscar el éxito y la felicidad. Vivimos en una trampa del perfeccionismo, donde nos hemos alejado de la idea de que ser una persona ordinaria podría ser una vida igual o mejor que esa delirante búsqueda del éxito.

Igual de cierto es que el aumento radical en la esperanza de vida producto de los avances tecnológicos y progreso social ha hecho que no vivamos con la muerte tan presente. Según el Instituto Nacional de Estadísticas de Chile, en 1900 la esperanza de vida era apenas 23 años, mientras que a 2021 llegaba a los 80; 82 para las mujeres y 77 para los hombres. Nunca antes en la historia de la humanidad se había incrementado tanto. En poco

más de 100 años nuestra especie cambió. ¿Alcanzamos a darnos cuenta e interiorizar eso en apenas un par de generaciones?

Nuestra vida cada vez más larga ha hecho que no paremos nunca, hasta que tenemos que parar. Hasta que llega la muerte de alguna persona que queremos o estimamos. O incluso en experiencias cercanas a la muerte, que se transforman en revelaciones vitales. Quizás te haya pasado y por eso elegiste este libro. La vida frenética de las grandes ciudades, las que concentran más del 50% de la población mundial desde 2007, según Naciones Unidas, ofrece recompensas a corto plazo por una vida que prioriza la producción antes que los sentidos. Trabajamos mucho, pero pensamos poco, parafraseando a Heidegger.

En fin, son muchas las razones por las que no se habla de la muerte, y eso es lo que buscamos cambiar en Proyecto Mokita.

Movimientos que hablan de la muerte

“Por ahora la muerte es lo único fantásticamente democrático que existe”.

JOSÉ MUJICA

A la muerte la estamos sacando cada vez más del clóset. Durante los últimos años, algo más de una década, han surgido diversos espacios donde se pone el tema y se busca impulsar a la sociedad a conversar sobre la muerte. Acá algunos de ellos.

Death Cafe

No puedo sino comenzar con el movimiento que nos inspiró a hacer el primer Café de la Muerte en La Diana: *Death Cafe* (pueden visitar deathcafe.com para ver todo lo relacionado a este). Fue en 2011 cuando Jon Underwood, budista y asesor en estrategia, inició los *Death Cafe*. Como muchas ideas bien implementadas, no es original suya, sino que se inspiró en el trabajo del suizo Bernard Crettaz, que ya en 2004 comenzó a convocar a personas a conversar sobre la muerte. Underwood

se propuso llevar el formato al Reino Unido e invitar a gente desconocida a conversar sobre la muerte en torno a un café y pasteles. El primero lo organizó en su casa en el este de Londres, y fue facilitado por su madre Sue Barsky Reid, psicoterapeuta. Tras esa experiencia, decidieron seguir e incluso crear una guía para que otros pudiesen replicar el formato. El paso siguiente fue levantar un sitio web donde las personas pudieran descargarla y anunciar sus encuentros a lo largo del mundo. No tengo certeza de si la mantendrán actualizada o no, pero al momento de escribir estas líneas señalan que se han organizado casi 15 mil encuentros en 82 países, y añaden que, si fueran 10 personas por encuentro, habrían participado unas 150 mil personas. Sí, Jon Underwood creó un movimiento mundial, el cual llegó a Chile también.

Jon falleció en junio de 2017. El fundador de los encuentros falleció repentinamente a los 44 años de edad. Cuando lo he comentado me han dicho que es tragicómico y una paradoja. Underwood, el budista que instó al mundo a conversar sobre la muerte porque se percibía como un tabú, sufrió una hemorragia cerebral por una leucemia no diagnosticada. Cuando supe la noticia quedé conmocionado. Viví en Londres mientras estudiaba durante el 2014 y 2015 y hasta entonces jamás en mi vida había pensado en la muerte, y menos oído de los *Death Cafe*.

El primer texto que me dieron a leer en el programa de filosofía que comenzaba ese primer año en el Reino Unido, era de las *Cartas a Meneceo* de Epicuro refiriéndose a la muerte:

“Acostúmbrate a pensar que la muerte es nada para nosotros, puesto que lo bueno y lo malo implican ser conscientes, y la muerte es la privación de toda consciencia; de esta manera, un entendimiento correcto de que la muerte es nada para nosotros vuelve la mortalidad de la vida algo que se disfruta, no por agregarle a la vida un tiempo ilimitado, sino por quitarle el anhelo después de la inmortalidad”.

Estaba en inglés, lo que hizo todo más cuesta arriba, pero no lograba entender por qué tenía que leer algo sobre la muerte. “Qué cosa más absurda analizar un texto de algo tan obvio como que nos vamos a morir”, pensaba. Me cuestioné incluso si había elegido el programa de estudios correcto. Y aquí estoy hoy, escribiendo un libro sobre la muerte.

Así como jamás imaginé que me interesaría y buscaría promover a otros a pensar en la muerte, jamás pensé que durante el tiempo que viví en Londres estaría tan cerca de un movimiento al que años después me sumaría. Por eso la muerte de Underwood me conmovió tanto, ocurrió solo un año después de que organizáramos el primer Café acá. Nosotros estábamos comenzando este camino, mientras él cerraba su ciclo.

El movimiento *Death Cafe* tomó tal envergadura que se convirtió en un caso de estudio global. Además de numerosas entrevistas a su fundador y encuentros a lo largo del mundo, el interés por hablar de la muerte parecía merecer el esfuerzo y los recursos de investigadores sociales. Sin saberlo, éramos parte de una red de personas que nos habíamos reunido libre y voluntariamente a conversar y reflexionar sobre la muerte con desconocidos. Fue así como el 18 de mayo de 2018 nos llegó un interesante correo, de una académica de la Universidad de Glasgow, la Dra. Gitte Koksvik.

En resumen: nos estaba invitando a participar de un estudio global sobre los *Death Cafe*. Decidimos aceptar sin mucha duda. La investigadora tenía una pauta muy bien estructurada. Nos contó que les había llamado profundamente la atención que hubiera tanta gente en el mundo organizando estos encuentros, así que lograron levantar unos fondos para entrevistar a personas como nosotros. Morí de la envidia con su trabajo. Encontré de lo más entretenido que pudiera dedicar su vida a entender por qué otros se interesan en la muerte, siendo que ella misma lo está, y que lograra armar un modo de vida guiado por ese interés. Nos comentó que había podido conocer a muchas personas interesantes y que esta sería la primera vez que recogería la

experiencia en un país latinoamericano. Había otros en agenda, pero éramos los primeros.

El resultado de la doctora y sus colegas quedó plasmado en el artículo “The Global Spread of *Death Cafe*: A Cultural Intervention Relevant to Policy?”, publicado el 2020 en la revista *Social Policy and Society* de Cambridge University Press. Dos años de trabajo entrevistando 49 organizadores de 34 países le llevaron a concluir que, si bien todos mostramos mucha pasión y compromiso en facilitar conversaciones sobre morir y la muerte, el fenómeno no es lo suficientemente masivo ni sostenible como para suplir lo que el Estado debiera hacer para conducir a la ciudadanía a tener estos espacios de conversación en momentos en que la población global está envejeciendo y viviendo más años que nunca en la historia. Quienes fuimos entrevistados declaramos que los beneficios son extraordinarios para quienes participan, y que hablar de la muerte sigue siendo un tabú.

En todos los encuentros en los que he participado he visto el espíritu de los *Death Cafe* que Gitte identificó en su estudio. Todos tienen más risas que llantos, no son grupos de terapia sino de encuentro libre, sin pautas ni modo alguno para influir en las creencias personales de los asistentes o de llegar a una conclusión común. Sin importar si es en Londres, Nueva York, España, Colombia o Chile, todas las personas hablamos en un espacio de confianza y alejándonos del tabú.

Con la pandemia del COVID-19 el movimiento creció. Aunque los encuentros solían ser presenciales, se migró a los diálogos virtuales ante la necesidad de tener un espacio para hacerlo cuando el virus nos mostró nuestra mortalidad de manera tan brutal. Así lo constató la entonces estudiante de doctorado Solveiga Zibaite, quien profundizó en las investigaciones sobre este movimiento global en plena pandemia en una tesis que tituló *Talking about talking about death*.

Se podría decir, y eso hace Gitte también, que buscar un espacio de conversación como este, aunque fuera virtual, respondía a la necesidad de ser parte de una comunidad, de romper con

la soledad, de encontrar otras y otros que tuvieran un tema en común durante días tan inciertos. Algo de eso hay. Comparto que esa hipótesis tiene mucho sentido, pero no comparto que sea la única razón. La convocatoria a hablar sobre la muerte es totalmente movilizadora cuando se hace desde el genuino interés.

Movimiento positivo de la muerte

Al igual que *Death Cafe*, también desde el Reino Unido surgió el *Death Positive Movement*, en 2011. Su propósito básicamente es reunir a quienes creen que no es mórbido ni tabú hablar abiertamente de la muerte. Tan simple como eso. No tengo certeza de que sea parte del mismo movimiento que señalo, pero en Chile también hay un capítulo, liderado por Simón Engel, que ha logrado generar instancias de comunidad con la realización de actividades que entusiasman cada vez a más personas.

Cuando conocí a Simón me llamó profundamente la atención su historia. Participó en al menos dos Cafés de la Muerte, donde nos contó que en su casa montó un negocio de ánforas. No recuerdo muy bien cómo ni por qué pero, con el pasar del tiempo, se convirtió en un lugar al que no solo ibas por una bella ánfora, sino que ibas a tener una profunda y compasiva conversación con Simón. Algunas veces quise coordinar ir a conocer su espacio, pero solo ahora que escribo me doy cuenta de que los años han pasado y aun no lo concreto. En esas conversaciones, Engel reconoce el poder y la necesidad de impulsar que hablemos más sobre la muerte. En su sitio web (movimientopositivodelamuerte.com) es posible encontrar actividades e incluso un podcast con diferentes invitados muy interesantes.

Death over dinner

Así como Jon Underwood instaló la costumbre de invitar a tomar café con pastelitos para conversar sobre este tema, en Estados Unidos, Michael Hebb junto a Scott Macklin, en el año 2013, comenzaron con el proyecto *Death Over Dinner* (Cenas de la muerte), motivados por la discrepancia en los deseos de morir